

JESÚS, CENTRO DE LA IGLESIA
(DOMINGO XXVIII. T.O.)
9 octubre 2005

"En aquel tiempo, volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo: El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó a los criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir... Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda... Muchos son los llamados y pocos los elegidos." (Mt 22, 1-24)

Insiste la liturgia en la misma idea del domingo pasado; se quita el Reino de los Cielos a los que primero se les había ofrecido, y se entrega a otros que lo acepten de mejor grado. Son parábolas que se llaman "de la Buena Nueva", con las que se justifica el anuncio del Evangelio hecho a los pobres y marginados.

También en esta parábola, el Hijo, Jesucristo, es figura central. Y también aquí resulta rechazado. Desde ahí, se produce la apertura de la puerta del salón de bodas para todo el que quiera entrar. Pero es necesario entrar con traje de fiesta. Lo que significa conversión.

De fondo, me parece que hay una idea de fondo: la centralidad de Jesucristo. Sin Él, la Iglesia no es nada. Porque ella no salva. Es sólo instrumento, a través del que Jesús sigue salvando. Por eso, decimos que la Iglesia no es sustitución ni sucesión de Jesucristo. Si Él faltara, nos quedaríamos sin salvación. Jesucristo debe estar presente en la Iglesia, en su centro, y, a su través, realizar, hoy, su obra salvadora.

Esto, en la Iglesia toda... y en la vida de cada uno de aquellos que la componemos. Quizá sea esta última idea la que prevalece, finalmente, en la liturgia de hoy. ¿Qué otra cosa significa lo del invitado que no tenía traje de fiesta? ¿O aquello otro de los muchos llamados y los pocos elegidos? No se trata de pertenecer de manera externa, mecánica o burocrática a la Iglesia. Como que uno se "apuntara" a ella... y ya fuera miembro don todas las consecuencias. Si esa pertenencia no nos renueva y reviste de un hombre nuevo, no nos hace pertenecer realmente a la Iglesia. Es decir, sólo quien ha descubierto a Jesucristo como el Salvador y lo acepta así en su vida, puede ser con verdad miembro de la Iglesia. Y eso es lo que sellamos con el Bautismo, en que hacemos definitiva nuestra opción por Él.

Todos estamos llamados a formar parte de la Iglesia. Lo que supone una opción radical de vida, que tiene como meta el proyecto de vida de Jesús de Nazaret, que nos hace participar de una vida nueva, su misma vida.

Si entendiéramos esto, trabajaríamos seriamente y de modo continuado por renovar nuestra vida. Y en ello, sin duda, tendría mucho que ver el banquete de la Eucaristía, que es, para nosotros, la mesa renovadora por excelencia.

Miguel Esparza Fernández